

Deseos

¿Por qué razón se arriesgarían los jóvenes a compartir sus emociones y deseos cuando saben que sus deseos son malos y sus sueños inquietantes? ¿No es una equivocación suponer que siempre es bueno que los hombres aprendan a expresar sus emociones si ello significa que tendrán que hacer frente a unos sentimientos y deseos malos que ellos preferirían mantener ocultos? ¿Acaso esta ocultación no permite al menos que los hombres se comporten adecuadamente con los demás, y estructuren sus emociones y deseos de un modo que sea culturalmente aceptable?

Estas preguntas demuestran que el protestantismo sigue ejerciendo una gran influencia en el mundo occidental, incluso en el interior de culturas muy secularizadas. A menudo prevalece en ellas una sensación de culpabilidad y una inquietud que la gente no espera compartir con los demás. Los jóvenes —por ejemplo en las culturas post-feministas escandinavas— todavía crecen temerosos de sus propios deseos y sintiendo la necesidad de autodisciplinarse para no traicionarse a sí mismos a ojos de los demás.¹

Mientras que en las culturas protestantes tradicionales los deseos eran privados, incluso vergonzosos, en nuestras culturas consumistas cada vez más globalizadas, los varones y mujeres jóvenes están rodeados por todas partes de imágenes de deseo. Los deseos están constantemente presentes en su mundo; los medios de comunicación y la publicidad incluso sugieren que ellos mismos existen como máquinas deseantes. De algún modo aprenden que sus deseos están muy cerca de la superficie de su experiencia, y que en una cultura posmoderna los deseos tendrían que definir sus identidades. En una cultura post-cartesiana el deseo ha ocupado frecuentemente el lugar del pensamiento en la afirmación de las identidades. La gente sabe que existe gracias a su condición de compradores y consumidores. El cambio, radical y generalizado, que se ha producido en el sentido de una mayor

igualdad en las relaciones de género, ha significado que tanto los varones como las mujeres jóvenes aprenden a experimentarse a sí mismos como objetos de deseo. Sienten que tienen que estar delgados; y esta delgadez depende de que sepan controlar su apetito. La noción de autocontrol tradicionalmente identificada con la masculinidad, y que requería que los varones jóvenes controlasen sus emociones y deseos, ha llegado igualmente a definir las identidades de las mujeres post-feministas.

En una cultura post-feminista ya no podemos asumir que las mujeres jóvenes estén más “en contacto” con sus emociones y sentimientos que los varones jóvenes. Las mujeres han aprendido que necesitan ser “independientes” y “autosuficientes” y que tienen derecho a sus propios deseos. El feminismo ha dejado su marca en la afirmación de las sexualidades, placeres y deseos de las mujeres. Los trabajos de investigación de Willy Pedersen en la Noruega contemporánea han mostrado que, en el estado del bienestar de la posguerra, se ha extendido mucho la concepción, parcialmente inspirada por las lecturas de Freud y Reich hechas por Karl Evang, de que el sexo es “bueno para ti” y “bueno para la sociedad”. Ello contribuyó a producir una cultura del cuerpo más abierta en la que el cuerpo ya no era algo vergonzoso o que se identificase con los “pecados de la carne”.² Y sin embargo, dada la influencia oculta de las tradiciones religiosas protestantes en el marco de una cultura de posguerra recién secularizada que quería olvidar el pasado y enseñar a las nuevas generaciones a “mirar hacia el futuro”, esto podía producir su propia tensión entre la experiencia interior y la percepción de la gente acerca de lo que deberían ser capaces de sentir. Aprendiendo a tener miedo de su propia experiencia interior, las mujeres y los varones jóvenes podrían sentirse obligados a regular su comportamiento de acuerdo con estas nuevas formas de ser. La cuestión siguió siendo adaptarse a las normas culturales imperantes, que podían preservar este miedo a los deseos interiores que podían poner en peligro la forma en que “se supone que deberíamos ser”.

Con frecuencia fue una cuestión de adaptarse a nuevos valores culturales, con un espacio limitado para la exploración de los propios deseos. Esta fue una tensión que el feminismo pudo contribuir a denunciar, en la medida en que cuestionó la objetificación sexual de las mujeres y exploró, por lo menos inicialmente, la fractura abierta entre el lenguaje y la experiencia. El feminismo post-estructuralista tendió a negar esta tensión, ya que según él era el discurso lo que definía tanto las masculinidades como las feminidades imperantes. Esta negación fue recibida como un movimiento en dirección a una discusión del género basado en las relaciones de poder, pero, si bien ello consiguió poner sobre el

tapete el tema de las masculinidades, implicó también un riesgo, el de perder de vista la conexión entre el poder y la vida emocional. Se dio el temor de que el énfasis puesto en los deseos como algo “interior” apuntalaba el discurso esencialista; centrándose en las externalidades del discurso, el análisis post-estructuralista contribuyó a desestabilizar las identidades dadas y permitió una mayor fluidez de las identidades fragmentadas, en contraste con la noción de Connell de una masculinidad hegemónica. Pero en ambas tradiciones se daba un menosprecio implícito por las emociones y una insistencia en la fluidez de los deseos como algo forjado por los discursos imperantes. Se hizo difícil entender la determinación de género en los procesos de desarrollo y crecimiento emocional.³

Sexualidades

En una cultura post-feminista, a las mujeres jóvenes con frecuencia les ha resultado más fácil que a los varones jóvenes aprender a hablar de sus deseos sexuales. Los varones jóvenes pueden crecer sintiendo que el deseo sexual debía permanecer inexpresado, y que los deseos tendrían que conocerse sin necesidad de formularlos verbalmente. Al mismo tiempo los varones jóvenes han aprendido a aceptar sus cuerpos como objetos de deseo, y particularmente en las culturas urbanas, han aprendido a presentarse a sí mismos a través de sus cuerpos, delgados y fuertes.

Los estudios de Pedersen en Noruega revelan que actualmente las chicas son sexualmente activas a una edad más temprana —la edad media del primer coito ha caído en una década de los 17,7 a los 16,7 años— y que intervienen en una mayor diversidad de prácticas sexuales, incluido el sexo oral. Según él no se perciben diferencias de género en los datos sobre la “norma del amor” —el hecho de que el sexo esté vinculado con los sentimientos de amor y la intimidad emocional. Sin embargo, puede surgir un problema en la investigación basada en encuestas, en la medida en que la gente trata de proyectar una determinada imagen de sí misma; en una entrevista de carácter más abierto que una encuesta formal pueden llegar a expresarse de modo muy diferente.⁴ Al parecer, las mujeres jóvenes noruegas leen más sobre sexo y deseo en las revistas que los varones jóvenes. Las chicas tienen una mayor conciencia de las implicaciones del divorcio y la separación, y de la complejidad de las relaciones, mientras que los chicos parecen más reacios a hablar de estos aspectos de su vida.

En las culturas masculinas en las que crecen los chicos, les resulta difícil buscar apoyo en casa cuando pasan dificultades o cuando sufren la pérdida de un ser querido. Con frecuencia sienten que tendrían que ser capaces de habérselas solos con sus propios sentimientos. Una cultura profundamente individualista crea sus propias reticencias. Los chicos a menudo sienten que deberían hacer frente por sí mismos a sus propias emociones, y si están deprimidos pueden experimentar este sentimiento de modo aún más agudo. Buscar ayuda sería poner en peligro su identidad masculina. Los chicos pueden encontrar más fácil compartir sus sentimientos con las chicas que asumir el riesgo de abrirse emocionalmente ante otros chicos. Otros chicos pueden aprovecharse de lo que les dicen, y "quedar en evidencia".

Los jóvenes que viven en ciudades del mundo occidental se han vuelto más tolerantes de las diversas sexualidades, especialmente durante los últimos años de la adolescencia. Una cultura de la homosexualidad más abierta ha preparado el terreno para el despliegue de los cuerpos masculinos, y ha creado imágenes del cuerpo masculino como objeto de deseo que han tenido un fuerte impacto en las masculinidades heterosexuales. Hoy se da una mayor tolerancia de la ambivalencia sexual, y los jóvenes han aprendido a experimentar con el deseo sexual. Mientras las chicas pueden admitir fácilmente el hecho de besar a otras chicas, los chicos a menudo rechazan este tipo de efusiones con miembros del mismo sexo, pues ven en ellas una amenaza a su identidad heterosexual. Pero esta cuestión muestra los límites de la investigación basada en encuestas en las que se parte del género como una de las bases para la exploración de las diferencias. Si bien hay pocas diferencias de género entre quienes se identifican sin problemas como gays o lesbianas, podemos esperar en cambio respuestas muy diferentes en el caso de los chicos que se identifican como heterosexuales respecto al contacto físico con otros chicos, debido a la forma en que las identidades masculinas heterosexuales se entienden por contraposición a los sentimientos homoeróticos. Esto podría explicar las actitudes más tolerantes acerca de las homosexualidades que se constatan en las respuestas de las mujeres jóvenes. Es decir, aunque las fronteras entre las sexualidades se están haciendo más tenues, todavía es más probable que sean los varones jóvenes quienes ayuden a preservarlas.

La investigación de Pedersen tiende a confiar en las diferentes respuestas que dan los varones y las mujeres jóvenes a determinadas preguntas. Las chicas pueden estar más abiertas a la homosexualidad que los chicos, pero esta diferencia solamente puede explicarse en el contexto de una determinada concepción de las masculinidades y de las formas en que las identidades masculinas heterosexuales

se afirman mediante la negación de las emociones consideradas como "femeninas". Los chicos tienden a identificarse o bien como homosexuales o como no homosexuales, con lo que establecen unas fronteras claras. Las mujeres jóvenes consideran las fronteras como algo más lábil y flexible, y toleran una mayor ambivalencia. Pero de nuevo esto es algo que la investigación puede tener dificultades para esclarecer sin hacer antes un trabajo crítico. Por ejemplo, Pedersen puede sugerir que su descubrimiento de que a las chicas no les gustan los implantes de silicona, mientras que a los chicos sí les parecen aceptables, puede considerarse como una prueba de la existencia de "diferentes valores", pero con ello no se reconoce todavía el hecho de que los géneros se sitúan diferentemente en relación con este tema.

Tradicionalmente se ha prestado menos atención a la entrada de los varones jóvenes en la pubertad. La intensidad de la experiencia de su primera eyaculación puede causar temor en los varones jóvenes, que pueden pensar que están perdiendo el control sobre sus cuerpos. Cuando empiezan a explorar la masturbación a menudo se sienten culpables de sus deseos, especialmente si crecen en una cultura en la que este acto es considerado un acto vergonzoso. Cuando la masturbación es aceptada, como dice Ewang que lo es en Noruega, se la considera como una actividad temporal que cesa cuando los hombres empiezan a mantener relaciones sexuales de una forma continuada.⁵ Incluso ciertas posturas relativamente ilustradas consideran la masturbación como una actividad patológica si sigue practicándose al mismo tiempo que unas relaciones sexuales continuas. Esto puede dificultar que los varones jóvenes se sientan cómodos con la masturbación como una forma de relacionarse con sus cuerpos y deseos.

Al adoptar una relación instrumental con sus cuerpos, los varones jóvenes pueden descubrirse a sí mismos como observadores de su propia experiencia, como si fuesen los espectadores de su propia actuación. A menos que sean conscientes de la fractura cartesiana entre la mente y el cuerpo, con su ideal de que la mente controle siempre la vida emocional del cuerpo, se vuelve cada vez más difícil que hombres y mujeres desarrollen una relación más significativa con sus yos corporales. Si se sienten inseguros al tocarse a sí mismos, pueden volverse insensibles al tocar a otros. Si no están seguros de sus propias emociones, les puede resultar difícil escuchar los temores y ansiedades de sus parejas. Pueden abandonar bruscamente una relación echando la culpa a su pareja de ser incapaz de asumir la responsabilidad de sus emociones. Los varones jóvenes pueden sentir que tienen la obligación de proporcionar satisfacción sexual a su pareja, y sentir que su atención está tan centrada en su actuación que apenas mantienen la conexión con su propio deseo. Esto puede producir una relación desigual, carente de reciprocidad

o de comunicación. Desconocedores de sus propios deseos, los varones jóvenes pueden considerar difícil explorar su propia sexualidad y mostrarse poco receptivos con sus parejas y consigo mismos.

Ética

La sexualidad trae consigo nuevas energías y nuevos placeres que puede ser difícil compartir con los demás. Algunos varones jóvenes sienten que carecen de un lenguaje adecuado con el que expresar lo que les pasa. Pueden sentirse atrapados en una ética que sostiene que los hombres solamente pueden afirmar sus masculinidades siendo independientes y autosuficientes. En Escandinavia, incluso el mero hecho de ofrecer ayuda a otro hombre es una amenaza a su honor, ya que puede sugerir que de algún modo es incapaz de manejar él mismo su propia vida emocional. De esta forma la gente aprende a reprimir los impulsos que la llevan a ayudar a los demás. Pero en vez de sentirse respaldado ello puede llevarle a sentirse aislado y solo.⁶

Si un varón joven está abrumado de dolor, digamos porque su padre acaba de morir, un hombre mayor puede sentir que tiene el deber de decirle: "Vamos, cálmate y deja de llorar". Cree estar ofreciéndole al hombre más joven una forma de protección frente a la vergüenza que, de aceptar su consejo, podría evitarle sentirse fuertemente perjudicado ante sí mismo y ante los demás. Esto es particularmente cierto en la cultura noruega, donde sigue habiendo un fuerte sentimiento del honor masculino. El hombre más joven, al contar él mismo posteriormente un episodio como el citado, puede todavía experimentar este sentimiento en su cuerpo, pues la lección que ha recibido es para toda la vida. Tras esta experiencia ya no volverá jamás a llorar delante de nadie. En ocasiones reflexiona que esto ha creado una distancia entre él y sus hijos, porque en realidad nunca ha sido capaz de mostrar sus sentimientos ante ellos. Hubo ocasiones en las que sintió el deseo de abrazarlos porque se sentía conmovido, pero inmediatamente se echó atrás reprimiendo su impulso. Recuerda una vez en que su hijo recibió una mala noticia y se puso a llorar, y él quiso rodear sus hombros pero sintió que no podía hacerlo. Su propia experiencia le había inhibido y le hacía difícil tender la mano a los demás incluso queriendo hacerlo.

Hay una ética de la vida emocional que sólo permite expresar sus emociones a los hombres cuando están solos. Es posible que ni siquiera las comparta con su pareja estable si es que ha sido educado para sentir que tiene que ser como una

"roca" en la que los demás puedan apoyarse. Tradicionalmente, las mujeres podían expresar sus emociones como "sexo débil" que eran, pero los hombres tenían que aprender a guardárselas para sí mismos. Esto dejó a una generación mayor de hombres sintiéndose aislados, y a menudo deprimidos sin siquiera darse cuenta de ello. Y a veces transmitiendo esta depresión a sus propios hijos.

Los hombres podían sentirse preocupados por el temor de quedarse sin trabajo, pero considerar que ésta era una carga que tenían que llevar ellos solos. Los hombres también se sentían de modo parecido respecto a sus experiencias de la guerra, que podían no compartir nunca con nadie. Tal vez no se guardaban para ellos mismos su cansancio o su irritación, pero en ningún caso compartían la fuente de sus sentimientos. La generación de hombres más jóvenes siente de manera muy distinta. Si han crecido en una cultura que reconoce la igualdad de género, es posible que quieran compartir más cosas de sí mismos con su pareja y sus hijos. Quieren ser buenos padres y aceptan que su pareja trabaje y que contribuya sustancialmente a la economía doméstica.

No obstante, los hombres crean fronteras, y si bien comparten algunas cosas con sus parejas, siguen considerando difícil hacer lo propio con sus amigos. En ocasiones piensan que les gustaría ser de otro modo, pero temen mostrarse "débiles" ante los otros hombres. A menudo admiten que les resulta más fácil hablar con las mujeres que con otros hombres porque dan por supuesto que las mujeres son "más comprensivas". Incluso si están sufriendo una situación de estrés o de ansiedad que no les deja dormir de noche, tenderán a desestimar estos síntomas y se negarán a buscar ayuda médica. En vez de esto, optarán por "acostumbrarse" y se negarán a admitir que hay algo que no funciona. Los hombres a menudo necesitan sentir que tienen el control de sus cuerpos y que pueden "arreglar las cosas" ellos mismos.

Controlar los cuerpos

Un hombre de una generación mayor puede sentir que, aunque su mujer haya muerto, no puede esperar recibir el apoyo de los demás. Es probable que se comporte como si no hubiera pasado nada, y por consiguiente los demás pueden sentir que no pueden decirle nada. Esto encierra a los hombres mayores en una soledad dolorosa; se sentirán deprimidos y no sabrán por qué. Tal vez sientan que deben bromear con sus sentimientos, o de lo contrario los demás pueden no saber qué decir. Sintiendo que no quieren que nada cambie en sus relaciones de amis-

tad, se comportan como si no estuviesen experimentando ningún dolor o sentimiento de pérdida. Aunque quieran tender la mano en busca de amistad, pueden sentirse atrapados en una ética de la autosuficiencia, como si, incluso en una situación de necesidad tan extrema como esta, tuvieran la obligación de demostrar que pueden arreglárselas solos. A veces experimentan implícitamente el temor de que si manifiestan estar necesitados, ello dará a sus amigos un motivo para rechazarlos, y se sentirán todavía más solos.

Si los hombres han aprendido una ética corporal que les exige construir unos cuerpos tensos y musculosos, puede resultarles difícil desarrollar una cierta flexibilidad en su forma de pensar y sentir. En ocasiones encontramos estas espesas barreras en las diferentes esferas de su experiencia. A los hombres les puede resultar difícil tolerar la ambivalencia, de modo que el caos y las incertidumbres de la vida doméstica y del cuidado de los hijos pueden llegar a vivirlos como intolerables. Pero esto es algo que las mujeres también pueden considerar difícil, y también ellas pueden sentirse igualmente impulsadas a huir y a refugiarse en el espacio más disciplinado de la oficina.

Los varones jóvenes que participan en actividades deportivas sienten que, si fueran capaces de controlar sus cuerpos, podrían compartir más su vida emocional con sus parejas. Creen que frecuentar el gimnasio sirve para "desahogarse" y para reducir la presión en sus relaciones familiares. Quieren mantenerse en forma, y temen "abandonarse", considerando la idea de tener un cuerpo fofo como algo "desagradable". Pero puede ser difícil mantener la rutina de ir al gimnasio si ello significa dejar a su pareja sola en casa cuidando de los niños, especialmente si ellos mismos han estado en el trabajo todo el día. Si creen en una ética de la igualdad de género pueden sentirse inseguros acerca de si están colaborando lo suficiente, y de si la frustración de sus parejas no acabará por "desbordarse", pues saben muy bien que con demasiada frecuencia no ponen mucho de su parte a la hora de asumir las responsabilidades del trabajo doméstico.⁷

Ha sido difícil que los hombres aprendieran a asumir por sí mismos una responsabilidad emocional completa, en vez de confiar que sus parejas interpretasen sus experiencias en su nombre. Pero cuando sus parejas han rechazado hacerse cargo de este trabajo emocional, los hombres se han visto obligados a ser más claros respecto a sus necesidades para poder comunicarse de un modo más directo en sus relaciones. Y debido a la sensación de culpabilidad, pueden acabar haciendo más de lo que les corresponde.

A veces los hombres manifiestan tener la sensación de sentirse atrapados entre unas expectativas incompatibles en el trabajo y el hogar. Es posible que les cues-

te adaptarse a su papel de nuevos padres, a que se espere de ellos que sean "blandos" y "carifiosos" en casa, y "duros" e "insensibles" en la competitiva atmósfera del lugar de trabajo. A menudo los hombres se sienten desesperados cuando se produce una ruptura en la relación y tienen que enfrentarse al hecho de que no pueden hacer nada para cambiar la situación. Esto va en contra de la tradición ética en la que es posible que hayan crecido. Quieren creer que siempre hay algo que ellos podrían hacer para mejorar las cosas. Una vez que el amor ha muerto, los hombres se quedan sin recursos, porque no hay nada que ellos puedan hacer. A veces la situación les resulta insoportable, y los hombres culpan a su pareja por adoptar lo que ellos consideran una postura poco razonable. Pueden sentir que ella está diciendo lo que dice para hacerles daño, ya que "tiene que" haber algo que ellos puedan hacer.

Cuando las mujeres y los varones jóvenes se identifican más con su trabajo y aprenden a pensar en sí mismos de una forma más individualista, tienden a pensar en sus relaciones en términos contractuales. Deseos de afirmar que mantienen el control sobre sus vidas individuales, es posible que adopten una actitud más instrumental respecto a su deseo. Inseguros acerca de si una relación será duradera, es posible que se muestren reacios a comprometerse en ella, ya que podría haber "algo mejor" justo a la vuelta de la esquina. Aunque tradicionalmente las mujeres pueden haberse centrado más en la necesidad de una relación íntima y afectuosa, a menudo niegan los temores que les suscitan la intimidad y el compromiso. Pueden considerar más fácil proyectar sus ansiedades, culpando a veces a los hombres por no saber habérselas con sus propias emociones. Esto concuerda con el primer feminismo de los setenta, que daba por supuesto que solamente con que los hombres fuesen capaces de cambiar, unas relaciones más igualitarias serían posibles.⁸

Tanto si decimos que las mujeres están cada vez más dispuestas a aceptar la disciplina de un régimen masculino de independencia y autosuficiencia en el trabajo, o que las identidades femeninas se han transformado mediante la participación creciente de las mujeres en el mercado laboral, hay una ética del autocontrol que funciona independientemente de los géneros. Esto forma parte de una resistencia más general a pensar en términos de género, ya que estas dificultades ya no están relacionadas con unas diferencias de género dadas. Las mujeres jóvenes han aceptado cada vez más las culturas competitivas del trabajo, y han pagado un precio por ello con un cambio en las condiciones de sus vidas íntimas, si bien siguen hablando de la importancia que tiene la intimidad en una relación. Las mujeres jóvenes a menudo no quieren renunciar al control que han conseguido sobre sus

vidas, e incluso han empezado a tener miedo de sus emociones y a verlas como un signo de debilidad. Tienen ahora su propio discurso del deseo, aunque en sus vidas haya poco espacio para una relación duradera, y en cambio asumen una relación más instrumental con sus deseos. Les preocupa la imagen que dan de sí mismas y pueden estar tan enamoradas de su propia imagen como lo están los varones jóvenes.

El énfasis que actualmente se pone en la intensidad del deseo puede crear su propia impaciencia con las relaciones duraderas. Los jóvenes pueden encontrarse cada vez más viviendo sus vidas solos, unas vidas en las que pueden conservar el control de su propio espacio y manteniendo unas relaciones poco duraderas en las que no tienen que compartir su intimidad. El deseo sexual llega a separarse de la intimidad, que puede vivirse como algo amenazador. La gente puede estar tan absorta gestionando la satisfacción de sus deseos individuales que llega a encontrar difícil tener en cuenta la vulnerabilidad que puede producir la intimidad. Si hay una ética del deseo, a menudo se centra en el yo y no tiene en cuenta el flujo de sentimientos entre los cuerpos. Tanto las mujeres como los hombres pueden sentir que están viviendo en un estado permanente de disponibilidad, deseosos de que aparezcan oportunidades pero incapaces de tomar riesgos exponiéndose ellos mismos. Buscan unas relaciones y una forma de amor que no constituyan una amenaza a la intimidad.

Si en las culturas consumistas las masculinidades se han erotizado hasta el punto de que los hombres han aprendido a identificarse a sí mismos como objetos de deseo, pueden tener dificultades para encontrar el equilibrio entre una "actividad" masculina tradicional y la receptividad que acompaña a la intimidad. Igualmente, cuando las mujeres jóvenes se identifican con la actividad, puede resultarles difícil conciliar intimidad y deseo. La intensidad se convierte en un indicio de vitalidad, y la sexualidad en una especie de representación en la que los hombres están a menudo centrados en "provocar un orgasmo" a sus parejas. Cuanto más se "aceleran" los deseos, mayor es la intensidad requerida. Siendo supuestamente interminables, es imposible que lleguen a ser totalmente satisfechos. Viviendo en un estado constante de excitación sexual, el cuerpo llega a estar electrificado al encerrarse en sí mismo, y cada vez le resulta más difícil establecer contacto con otros cuerpos.

Cuando las relaciones devienen más instrumentales, con cada miembro de la pareja absorto en sus propios deseos, disminuye la comunicación y la profundidad del contacto entre las personas. Al entrar en unos espacios psíquicos diferentes que niegan las fáciles distinciones de género, necesitamos una ética corporal que pueda esclarecer las identidades complejas con las que vive la gente.

9. Para hacerse una idea de la riqueza del trabajo etnográfico que Matthew Gutman ha hecho en el México urbano, véase *The Meaning of Macho* (1996).
10. Para hacerse una idea de la importancia del trabajo que Benno de Keijzer ha estado haciendo con Salud y Género, véase Gabriela Rodríguez y Benno de Keijzer, *La noche se hizo para los hombres: sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinas y campesinos*. Edamex Libros para todos (2002).

NUEVE

1. En las culturas secularizadas en las que las tradiciones religiosas han sido generalmente negadas, a los varones y mujeres jóvenes que se consideran a sí mismos básicamente no religiosos les puede resultar difícil reconocer la fuente de algunos de sus temores, ansiedades y sentimientos negativos. La gente puede tener dificultades para explicar sus deseos y sentimientos de incomodidad y para entender por qué le resulta tan fácil culparse a sí misma. Es muy probable que, en las culturas individualistas que insisten en negar la importancia de las historias culturales y religiosas, se dejen embaucar por las formas de falso reconocimiento en las lecturas que hacen de un presente posmoderno.
2. Para hacerse una idea del trabajo de Willy Pedersen, véase su "Parental Relations, Mental Health, and Delinquency in Adolescents", *Adolescence*, Winter, 1994.
3. Para una útil introducción a los feminismos post-estructuralistas, véase J. Butler y J. W. Scott (eds), *Feminists Theorise the Political* (1992). Véanse también las diferentes opiniones exploradas por Nancy Fraser et al., *Feminist Contentions: A Philosophical Exchange* (1995); Judith Butler, *Undoing Gender* (2004).
4. Para una evaluación de algunas de las dificultades de la investigación basada en encuestas, particularmente en relación con la imagen que los jóvenes a menudo quieren proyectar ante los demás, véase J. Holland y C. Ramazanoglu, *Feminist Methodologies* (2004).
5. Para una discusión relativa a los cuerpos sexuados y a las cuestiones relativas a la masturbación en diferentes culturas del cuerpo, véase Tom Lacquer, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud* (1990). Véase también Jan Stengers y Anne Van Neck, *Masturbation: A History of Great Terror* (2001), en donde los autores recuerdan la experiencia personal de Rousseau con la masturbación tal como él mismo la cuenta en sus *Confesiones*. Rousseau fue iniciado en el vicio, afirma sin rodeos, por un bandido árabe que conoció en Turín, y sucumbió: "Aprendí este peligroso sucedáneo que engaña a la naturaleza y lleva a los varones jóvenes de mi temperamento a muchos excesos a expensas de su salud, su vigor y a veces hasta de su vida. Este vicio que la vergüenza y la timidez consideran tan conveniente resulta, además, particularmente atractivo a las imaginaciones activas". Véase también Claude Quétel, *The History of Syphilis* (1992).
6. Un interesante trabajo que explora la diversidad de las masculinidades escandinavas puede leerse en S. Ervo y T. Johannsson (eds) *Among Men: Moulding Masculinities* (2002).
7. Para una útil exploración que utiliza materiales de diversas culturas relativos a las relaciones entre hombres, masculinidades y deportes, véase M.A. Messner, *Power at Play: Sports and the Problem of Masculinity* (1992); R.W. Connell, *The Men and the Boys* (2000).
8. Para unas reflexiones sobre la fluidez de las relaciones en las culturas posmodernas y sobre el carácter condicional de la intimidad, véase Anthony Giddens, *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies* (1992); Zygmunt Bauman, *Liquid*

Love (2003). Para hacerse una idea de cómo estas relaciones están determinadas por la idea de género, véase Seidler, V.J. (ed.), *Men, Sex and Relationships* (1992) y *Man Enough: Embodying Masculinities* (2000); L. Jamieson, *Intimacy: Personal relationships in Modern Societies* (1998).

DIEZ

1. Para hacerse una idea del influyente trabajo de investigación llevado a cabo inicialmente en la Escuela de Chicago en relación con las pandillas, véase William Foote Whyte, *Street Corner Society: Social Structure of an Italian Slum* (1993).
2. Para ver cómo se enfocan las relaciones de género tradicionales en diversos contextos culturales, véase Sandy Ruxton (ed.), *Gender Equality And Men: Learning from Practice* (2004). Véanse también la recopilación de Frances Cleaver (ed.), *Masculinities Matter! Men, Gender and Development* (2003), y los ejemplos que dan S. Chant y M. Gutmann en *Mainstreaming Gender and Development* (2000).
3. Norma Fuller, *Masculinidades: Cambios y permanencias* (2001). Para situar el trabajo sobre hombres y masculinidades en Perú en el contexto de la investigación llevada a cabo en América Central y Latinoamérica, véanse M. Viveros, J. Olavarría y N. Fuller (eds), *Hombres e Identidades de Género: Investigaciones desde América Latina* (2001); y Teresa Valdés y José Olavarría (eds), *Masculinidades y Equidad de Género en América Latina* (1998).
4. Miller, en *For Your Own Good*, abre una importante discusión acerca de cómo los varones jóvenes en particular han sido disciplinados por sus padres. Ya que no era posible razonar con ellos, se dice, era necesario disciplinarlos por medio de la violencia. Las pedagogías victorianas sirvieron para adiestrar a los posteriores dirigentes coloniales, particularmente en relación con las escuelas públicas, en donde las jerarquías se establecían obligando a los más jóvenes a hacer de sirvientes de los mayores, sabiendo que más tarde otros harían de sirvientes para ellos. Este tema se explora en Thomas Hughes, *Tom Brown's School Days* (1999).
5. Gloria Careaga, PUEG México, en la conferencia "Varones adolescentes: la construcción de las identidades de género en América Latina", 4-6 de noviembre de 2002.
6. Aunque el trabajo de Connell sobre las "masculinidades hegemónicas" ha sido enormemente útil e influyente, a menudo defiende un racionalismo universal que fomenta su propio moralismo, en relación con el cual los hombres con frecuencia son considerados imperfectos. Las contradicciones existentes entre sus estudios empíricos y su marco teórico pueden dificultar la apreciación de cómo, por ejemplo, nociones culturales omnipresentes como la de que "los chicos son malos" pueden influir en una determinada ética de la masculinidad que es inseparable del funcionamiento de las relaciones de poder respecto al género. Reafirmando una errónea distinción entre lo "terapéutico" y lo "político", y la preocupación de que otras posiciones teóricas estén de algún modo reduciendo lo político a lo personal, se hace difícil relacionar las relaciones estructurales de la violencia y del poder patriarcal con las experiencias vividas de los varones jóvenes de formas que puedan validar sus aspiraciones al cambio. Para una exploración más a fondo del trabajo de Connell, véase Seidler, *Transforming Masculinities*.
7. Para una interesante reflexión sobre los hombres y la amistad, que en algunos casos abarca diversas tradiciones y circunstancias culturales, véase Stuart Miller, *Men and Friendship* (1983); P.M. Nardi (ed.), *Men's Friendships* (1992), y *Gay Men's Friendship: Invisible Communities*